

La ética del psicoanálisis.

Donostia octubre 2017.

Entonces me corresponde introducir el curso del año dedicado a la lectura del seminario de Lacan sobre la ética del psicoanálisis. No puedo decir que el tema me encante. Es un seminario difícil en el que Lacan avanza prudentemente, gracias a una lectura cuidadosa de los primeros pasos freudianos o sea esencialmente: *el proyecto de una psicología para los neurólogos*. Lacan nos introduce también a la lectura de la ética de Aristóteles – texto poco atractivo – luego viene la referencia a la ley moral de Kant puesta en paralelo con la filosofía sadiana y al final ese mito del destino implacable de la descendencia de Edipo con la tragedia de Antígona. Es un seminario algo pesado. Hay pocos hallazgos, pocas chispas si no fuera esa fórmula que destaco de la última sesión del seminario. Una fórmula que cambia radicalmente la perspectiva de la moral de los bienes: *No hay otro bien más que el que puede servir para pagar el precio del acceso al deseo*. No hay deseo que no cueste. El único modo de medir el deseo es el precio que uno acepta pagar para él. El deseo lleva al gasto, mientras que el goce implica la economía, e inclusive el ahorro. Es una fórmula que os sugiero poner como epígrafe para este seminario del año.

Infelizmente, me corresponde comentar las primeras sesiones y no las últimas.

El primer punto que quisiera aclarar es el uso del término *ética*. ¿Por qué *ética* y no *moral*? ¿Cuál es la diferencia? Esencialmente *moral* viene del latín, *mos, moris*, es la costumbre, el hábito. *Ética*, viene del griego *ethos*: la costumbre. Pero a nivel del concepto no es sencillo distinguir moral e ética. Todos los filósofos no concuerdan en ese punto. Los hay que consideran que la moral atañe a lo individual, y la ética al grupo, a lo profesional por ejemplo. Pero los hay que dicen exactamente lo contrario. Entonces no veo bien clara la diferencia. Lo que sé es que los que usan el término de la ética quieren apartarse del mero registro de la moral.

Me parece que desde el principio Lacan toma este camino.

El nota que con el psicoanálisis estamos en *los problemas morales*, estamos en "*el universo mórbido de la culpa*". El psicoanálisis nos enseña que la culpabilidad es atractiva. Freud decía que la culpabilidad antecede el crimen. Como si el criminal necesitara pasar al acto para ser culpable. Es evidente cuando leemos a Dostoievski, por ejemplo. En "Crimen y castigo", Raskolnikov mata a la vieja usurera, casi sin otro móvil que lo de ser culpable y merecer castigo. Cosa rara pero que bien conocemos. Para muchos, ser culpable es preciso.

¿Por qué? ¿Qué es esta falta? ¿Será el pecado original que se refiere en el mito freudiano al asesinato del padre de la horda? ¿O bien *la falta más oscura y más original* que Freud relaciona con el instinto de muerte?

Sea lo que fuere, Lacan subraya que toda dimensión moral "*se arraiga en el deseo mismo*." Por eso el análisis no se preocupa por la falta, por la culpabilidad, como si se tratara de aplacarla, sino que se dedica a sostener el deseo lo que conlleva pagar por él. Nada que ver, pues, con una emancipación naturalista del deseo al estilo del siglo XVIII, apuntando al sueño del hombre del placer. Lacan nota que *la emancipación naturalista del deseo ha fracasado*. El hombre del placer que se somete a esa exigencia del placer, a toda costa, da más consistencia, más peso al Otro como un juez implacable. Es asunto de estructura.

Así, no podemos desconocer que el deseo toma su punto de partida de una perversión polimorfa. El deseo siempre se relaciona con una falta. Entonces sería equivocado pensar que el psicoanálisis pueda desembocar en una desaparición de la culpabilidad.

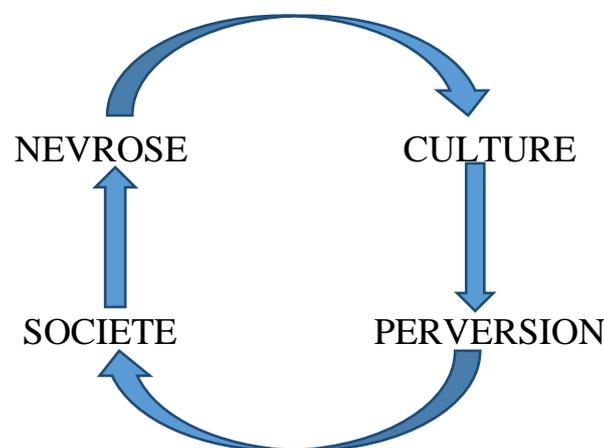
Nos encontramos con la cuestión de lo que el análisis permite formular en cuanto al origen de la moral. Podremos medir si su aporte se reduce a la elaboración de una mitología más creíble que la de Tótem y Tabú, que forma parte de la experiencia de la muerte original del padre, de todo lo que la engendra y lo que se encadena a ella.

Entonces se plantea la cuestión de la *génesis del superyó*. Esta *génesis del superyó*, no es únicamente una *psicogénesis* y una *sociogénesis*. No se relaciona simplemente al registro mismo de las necesidades colectivas. Lacan nos lleva a considerar esa génesis más bien bajo el registro de la relación al *significante*, de la ley del *discurso*. Eso será el tema central de este seminario sobre la ética del psicoanálisis.

Lacan aquí subraya un punto ya desarrollado en el final del seminario anterior, la cuestión de la diferencia entre cultura y sociedad. Es un punto que comente unos años atrás en unas jornadas nacionales sobre el malestar en la cultura. Lacan retomara ese punto a principios del seminario del año siguiente – seminario sobre la transferencia.

“Mientras que la sociedad acarrea, por su efecto de censura, una forma de desagregación que se llama neurosis, la perversión, cuando es producto de la cultura, se puede concebir en un sentido contrario de elaboración, de construcción, de sublimación. Y el círculo se cierra, al aportar, la perversión, elementos que inquietan a la sociedad, y al favorecer, la neurosis, la creación de nuevos elementos de cultura.”¹

Hay un esquema que ilustra ese circuito pero no fue editado en la versión autorizada del seminario



Ese circuito siempre me llamó la atención. Describe un fenómeno llamativo, es decir el papel de la perversión en la sociedad. Se notaba ya en la época de Freud. En su artículo sobre la moral sexual civilizada Freud se refiere a un famoso profesor de neurología que subrayaba los trastornos de la vida moderna en los pacientes y denunciaba el papel perverso desempeñado por la literatura moderna, la música, el teatro, y las bellas artes de su época. Freud no concuerda con

¹ Lacan S VIII, Paidós, p 42.

eso. Muy al contrario dice que al imponer la renuncia a las pulsiones, la vida civilizada favorece las neurosis.

Miremos el circuito esbozado por Lacan. Vemos que entre sociedad y cultura hay la neurosis – la neurosis como consecuencia de la sociedad participa en la edificación de la cultura. Simétricamente, entre cultura y sociedad, hay la perversión, ya que la perversión, como consecuencia de la alienación a la cultura, trata de subvertir el conformismo social. De ahí resulta el malestar en la cultura. El malestar se funda en la relación incompatible entre neurosis y perversión. Remediar el malestar implicaría inventar una perversión compatible con la neurosis. Es precisamente lo que el análisis no logró hacer. Por eso, tenemos que “*hacer nuestro duelo por toda verdadera innovación en el dominio de la ética.*”

Volvamos a nuestro asunto del origen del superyó.

El superyó se origina a partir de la entrada del sujeto en el registro de la palabra. Al entrar en la palabra, el sujeto tiene que renunciar al goce que no conviene. Pero bien sabemos que esa renuncia no es sino parcial. Hay una parte de su goce que el sujeto no sacrifica en el altar del Otro. Eso será el soporte de su deseo. Ahora bien, el superyó reclama que el sacrificio fuera total y absoluto. La meta del superyó es hacer pasar todo el goce en la palabra. Así pues hay una oposición constante entre superyó y deseo.

La cuestión central que se plantea en el neurótico, es: ¿a quién someterse? ¿Al mandamiento del superyó que exige cada vez más sacrificios, lo que conlleva un empuje al goce, o a la ética de su deseo que conlleva resistir al sacrificio? ¿No es *su verdadero deber, ir contra este imperativo* del superyó?

Aquí estamos a la raíz del sufrimiento en el neurótico, al origen del verdadero malestar en la cultura. El neurótico se debate entre esas dos tendencias opuestas. Frente a ese sufrimiento, ¿cuál es la respuesta del analista? *Los ideales analíticos no faltan.*

EL IDEAL del AMOR HUMANO, que implica el ideal del amor genital, tantas veces criticado por Lacan.

A ese nivel vale recordar que las condiciones culturales de hoy no son las mismas que las que rodeaban el nacimiento del psicoanálisis en la época freudiana. Hubo cambios importantes a nivel de la familia, el estatuto del pater familias, el estatuto de la mujer, pues cosas que influyen en el ideal del amor humano. Sería interesante ver como el psicoanálisis se ha adaptado frente a esos cambios importantes.

El segundo ideal: EL IDEAL DE LA AUTENTICIDAD. Si el psicoanálisis es *una técnica de desenmascaramiento, supone esta perspectiva, este ideal*, es evidente.

El tercero ideal: EL IDEAL DE NO DEPENDENCIA. *Basta para esto recordar las reservas fundamentales, de Freud, respecto a la educación.* Sin duda, los psicoanalistas de niños *son inducidos a operar en la dimensión de una ortopedia*, pero justamente si hay una ética del análisis, ella lleva al analista a apartarse de la educación, es decir a la adaptación del sujeto a lo que conviene como buenos hábitos. La ética del psicoanálisis se opone al adiestramiento y es particularmente importante en el análisis con niños. En la mayoría de los casos, la queja de los padres generalmente advertidos por los maestros, es que su niño tiene malos hábitos. Frente a eso el niño suele quedarse callado. Cuando el niño habla, se queja de otra cosa que no tiene nada que

ver con la queja de sus padres. Creo poder decir que la ética del psicoanálisis anima al analista a que se ubique al entrecruzamiento de esas dos quejas incompatibles. No es nada fácil.

Para ubicar cuál es la originalidad de la posición freudiana, en materia de ética hay algo que es absolutamente indispensable poner de relieve: un deslizamiento, un cambio de actitud en la cuestión moral como tal.

Para esbozar el recorrido desde Aristóteles cuya ética estriba en la noción del bien, del *Soberano Bien*, que él distingue del placer, hasta Freud cuya ética se funda en el *Wo es war, Soll Ich werden*, Lacan propone de entrada sus marcas: los tres registros de lo simbólico, lo imaginario y lo real. Según dice Lacan, la cuestión ética implica la posición del sujeto frente a lo real.

Aristóteles elabora su ética desde la posición del amo de la antigüedad, el que ponía como soberano bien la domesticación del goce, el que estaba listo a renunciar al gozar de la vida para gozar solamente en el registro de lo simbólico.

Hegel fue quien nos desveló la verdadera posición del amo y quien nos mostró que el progreso de este discurso depende del esclavo. Desvalorización del amo!

Luego viene Bentham que plantea la cuestión del bien, del lado de lo que sirve para el bien estar de todos y opone lo ficticio y lo real. Lacan nos propone una lectura un poco distinta de la que solemos hacer de ese autor. Según dice Lacan, Bentham hubiera vislumbrado que la verdad es ficticia.

Sea lo que fuere, llegamos a Freud para quien el placer se consigue por medio de lo ficticio, o sea la representación, pues lo simbólico y no lo real que conlleva más bien un más allá del principio del placer. Aquí Lacan se refiere a la satisfacción alucinatoria despejada por Freud. El hombre prefiere satisfacerse con un signo más que con un objeto, lo que Lacan comenta así: prefiere *la buella a costa de la pista*. Y mejor así, porque no hay nada inscrito en la naturaleza del mundo para asegurarle la felicidad al hombre. De ahí resulta el verdadero malestar.

Este primer capítulo se acaba con una referencia a la perversión. Lacan se lamenta de que el psicoanálisis sea incapaz de inventar una nueva perversión o de ser al origen de una nueva perversión. Y termina, sin que entendamos por qué, con una referencia al masoquismo. Pues, eso se aclarará a la sesión siguiente cuando dice: *“La última vez, tracé para ustedes el programa que se extiende desde el reconocimiento de la omnipresencia, en nuestra experiencia, del imperativo moral, hasta algo que está en la otra punta, o sea, el placer que podemos obtener al fin de cuentas, en segundo grado, a saber, el masoquismo moral.”*

Ahora llego a la segunda estación de mi viacrucis.

El segundo capítulo empieza con el lazo que Lacan establece entre la ley moral y lo Real. Relación rara, poco evidente. Cuando hablamos de ley moral, pensamos en una instancia que contrarresta el placer; esa instancia es el ideal, o sea algo que nos remite a lo simbólico. Lacan paradójicamente vincula la presencia de la ley moral a lo Real.

Lacan nota que al principio hay para Freud una oposición fundamental entre el principio del placer y el principio de la realidad. Pero poco a poco la diferencia se difumina, hay cruces, cambios de referencias. Freud por ejemplo puede notar que por fin el principio de realidad está a la orden del principio del placer. Entonces, la oposición fundamental se difumina, y llega otra oposición más fuerte, más novedosa, más justa y que caracteriza la ética del psicoanálisis, es la oposición entre el principio del placer y su más allá que implica *el instinto de muerte*. El instinto de

muerte obra como una nueva ley, una ley, hasta entonces desconocida. Esta ley del instinto de muerte, gobierna nuestra realidad psíquica. Es un real que organiza nuestra realidad psíquica.

Lacan trata de llevarnos a considerar lo que distingue la ley moral que constituye la ética de Aristóteles, y la ética del psicoanálisis que toma en cuenta otra ley la que nos encamina hacia un más allá del principio del placer.

Lacan nos entrega su lectura de la ética a Nicómaco y nos la presenta como si fuera una lectura atractiva. Para mí no lo es, me aburre!

La ética de Aristóteles se refiere a un orden que se presenta como ciencia que define un ortho logos, un discurso conveniente, digamos. Luego se trata de que los hábitos del sujeto encajen en ese orden. El soberano bien no es para nada el placer individual, es lo que se alcanza cuando los intereses peculiares se adaptan, se someten a ese orden para todos. En realidad ese soberano bien nunca se alcanza porque en cada uno permanece otra meta que no se interesa por él soberano bien. De ahí resulta la *intemperancia*. Aristóteles distingue el hombre intemperante y el hombre perturbado. La intemperancia según Aristóteles, no es la locura. El hombre perturbado no puede mejorarse, es insensible al castigo, tal como a la culpabilidad.

La primera diferencia que Lacan subraya entre la ética de Aristóteles y la del psicoanálisis, es precisamente que para el análisis, no hay una verdad para todos, cada uno tiene la suya, es la verdad de un Wunsch irreducible, un deseo imperioso que nos lleva a **la intemperancia**. De cierto modo la ética del psicoanálisis apunta a la revelación de ese deseo peculiar irreducible que tomó su origen en la infancia. Hay algo del niño en cada adulto. Eso fue un descubrimiento de la psicología. El psicoanálisis tendría que ir más allá. Lo que Freud descubrió es que en cada uno de nosotros se oponen un proceso primario y un proceso secundario, un principio del placer y un principio de la realidad.

Luego, mientras que Lacan nos convenció ya que esa oposición fue al inicio pero que no permanecerá al final de la obra freudiana, sin embargo Lacan vuelve una vez más a los primeros pasos de Freud para examinar estos procesos fundamentales, muy de cerca. No contento con habernos impuesto la lectura de la ética a Nicómaco, Lacan ahora nos remite a la lectura del *Proyecto de una psicología para los neurólogos*.

Este texto de Freud, redactado en 1895, lleva la marca del recorrido de Freud, médico neurológico, y de la influencia de sus intercambios con Fliess. Se sabe que este texto fue redactado con prisa, la prisa por localizar los procesos inconscientes en un esquema neurológico. Freud se apoyaba en los trabajos de la neurología de su época. El mismo se dio cuenta unos años más tarde que sus hipótesis eran equivocadas. Especialmente su hipótesis de la memoria con relación a dos tipos distintos de neuronas, las unas que dejarían pasar la transmisión nerviosa sin barrera, las otras que la guardarían.

Sin embargo Lacan se dedica al estudio de ese trabajo – que el mismo Freud no dejó por la publicación – con la idea de que ese trabajo lleva la marca de la ética freudiana fundada en cierta idea del principio del placer. El placer concebido como consecuencia de una descarga a nivel de las neuronas. “*su principio de placer es un principio de inercia. Se trata de una tendencia fundamental a la descarga donde una cantidad está destinada a fluir.*”

Entonces este proceso grosero sólo se preocupa por la descarga. Poco le importa la realidad del blanco que apunta, así que se deja engañar fácilmente. Ese sistema “*por su propia inclinación, se dirige esencialmente hacia el señuelo y el error. Este organismo parece hecho enteramente para no satisfacer la necesidad,*

sino para alucinarla. Conviene pues, que se le oponga otro aparato que se presenta como un principio de corrección, de llamado al orden para ejercer una instancia de realidad.”

Resulta claro que la hipótesis del principio del placer como regla fundamental, necesita la intervención de un principio de realidad. Freud funda su hipótesis en la intemperancia que caracteriza la neurosis. Dicha intemperancia testimonia que el principio de la realidad – que representa un saber sobre lo que es el bien para uno – puede ser desbordado por el principio del placer que necesita una satisfacción inmediata, a menudo insensata e inútil. De ahí el paralelo que Lacan hace entre *El proyecto* de Freud y la ética de Aristóteles. Sin embargo hay una diferencia enorme ya que si Aristóteles apuesta por la ley universal o sea el soberano bien deducido del saber del Amo, Freud, al revés, pone el enfoque sobre otra forma de saber, un saber aberrante que caracteriza quien es esclavo de su principio de placer.

A continuación Lacan trata de colocar las características de los dos procesos, el del placer, es el proceso primario, por un lado y el de la realidad, es el proceso secundario, por otro lado. El resultado es que esos dos procesos no se oponen por completo. Esa repartición binaria no conviene para describir las características y el funcionamiento de esos dos procesos.

A nivel de la percepción, por ejemplo, no podemos decir que la percepción remita forzosamente al principio de la realidad, debido al hecho señalado por Freud que el principio de placer se empeña en buscar siempre la misma satisfacción y por eso puede alucinar la presencia del objeto satisfactorio.

A nivel del pensamiento, podríamos pensar que el pensamiento ha de ubicarse en el proceso de la realidad. Pero sería desconocer que el principio del placer usa el lenguaje y el pensamiento para funcionar. El inconsciente no es un depósito lleno de sensaciones confusas. El inconsciente es estructurado como un lenguaje.

Entonces, entre los dos sistemas, hay varios cruces, varios vaivenes. Lacan trata de esbozar las relaciones entre los dos sistemas con una escritura. Ese punto me interesa porque este año dedico mi seminario a la función de la escritura en el análisis. No cualquier escritura, sino la escritura lógica, es decir una escritura la más cerca posible de la estructura. El análisis se ubica al entrecruzamiento entre lo que se dice, lo que de ello se puede leer y lo que se escribe.

Lacan a lo largo de su enseñanza se empeñó en dibujar, esbozar, escribir con letras, vectores, y nudos lo que sucede en la experiencia analítica. Aquí por ejemplo Lacan trata de arreglárselas con dos sistemas que no se dejan colocar fácilmente en dos registros significantes opuestos.

Por eso distingue tres niveles.

El nivel del sujeto, donde se oponen principio del placer y principio de la realidad.

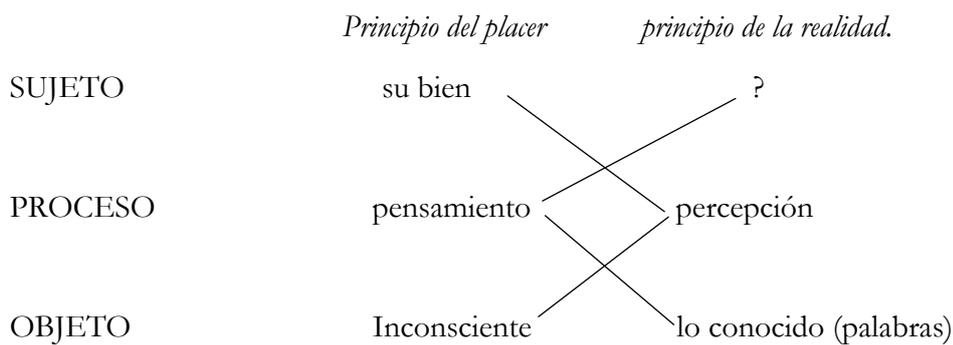
El nivel del proceso de la experiencia, donde pensamiento y percepción se oponen. A ese nivel el esquema se complica porque la percepción puede sea remitir a la realidad, sea remitir a la alucinación, es decir al principio del placer. En cuanto al pensamiento, puede nutrirse con ficciones, y quedarse del lado del placer, sea dirigirse hacia cosas conocidas y buscar la repetición de la satisfacción del lado de la realidad.

El nivel del objeto, donde se oponen lo desconocido (inconsciente) y lo conocido.

Me lleve mucho tiempo examinando ese esquema, leyendo y releendo el texto sin poder entender algo acertado. Lo único que conservo, es que hay cruces, hay lazos, no se trata de dos compartimentos estancos. También noto que si Lacan define el placer como bien para el sujeto

del lado del proceso primario, del lado del proceso secundario, Lacan se niega a escribir un soberano bien, pone un punto interrogativo. Hay malestar en la cultura porque la sociedad no se preocupa por suministrar el bien de los individuos uno por uno. De ahí resulta la neurosis como producto por la sociedad.

Luego, si mi lectura es válida, podríamos ubicar, frente al placer como bien del lado del principio del placer, la neurosis como bien para el sujeto del lado del principio de la realidad. Eso daría cuenta de que el sujeto se satisface con su neurosis. El sujeto más adaptado, el que se satisface renunciando al placer como bien, por fin, es el sujeto neurótico. Lacan, en esa época, no se atrevió a decir una barbaridad de este tipo. Prefirió dejar la cosa en suspenso.



Verán que dos sesiones más adelante, Lacan volverá a comentar su esquema, subrayando la colocación paradójica del pensamiento en el registro del principio del placer. “*Los procesos de pensamiento, en la medida en que los domina el principio del placer, son inconscientes.*” Llegan a la conciencia con tal que sean articulados, verbalizados. El proceso del pensamiento que nos encamina hacia la realidad toma su punto de partida del inconsciente. Sólo nos resulta accesible por el artificio de la palabra articulada. Eso es realmente lo que la experiencia de un análisis nos muestra. Detrás de la articulación consciente de las palabras que organiza nuestro pensamiento cuando hablamos, hay otra articulación que obedece al principio del placer y donde las palabras se articulan por homofonía, metonimia, es decir por aquellos *Bahnungen*, esos caminos facilitados por los cuales la excitación se descarga.

Ese nivel placentero del pensamiento se revela en el chiste. En el chiste se trata de hacer escuchar esa articulación arcaica que trastorna el sentido común. La significación insensata o inoportuna producida es placentera. Este tema del chiste me interesa en este momento porque estoy preparando una ponencia para nuestra jornada nacional que tendrá lugar en Toulouse este año y cuyo tema es *el deber de interpretar*. Por eso me dedique a trabajar la interpretación bajo la forma del chiste. Mi idea es que el chiste, tal como el lapsus es un modo inédito de articular palabras y así llegar al trastorno del discurso del sentido común. Si el sentido es el resultado de un nudo entre el desfile de los significantes y la intención del sujeto que los utiliza, entonces podemos pensar que el chiste es otro modo de hacer el nudo. La interpretación, según Lacan, no ha de ser una lectura del sentido de los síntomas por ejemplo, sino que tiene que dar a escuchar el sinsentido central alrededor del que se anuda el pensamiento sensato.

Eso requiere que el analista se ubique en el centro del nudo, en el lugar donde los significantes resuenan. Eso implica que el analista escuche sin pensar.

Eso lo puedo ilustrar con datos recién recogidos de un paciente. Es alguien que piensa, que reflexiona mucho, demasiado, por decir así. Se interesa por el psicoanálisis pero visto desde su carrera universitaria, es decir como teoría filosófica. Me cuesta llevarle al trabajo analítico porque no puede prescindir de reflexionar tal como suele hacerlo trabajando y dando sus cursos. Viene porque sufre angustia, y pierde un poco el sentido de su vida que se reduce a su trabajo universitario al que se somete superyoicamente. Tiene problemas con las mujeres. Teme a las que le ahogan. El caso es que sólo se interesa por estas, por supuesto. Recién acudió angustiado y enfadado por los celos de su nueva compañera que acababa de interrogar su fidelidad. Eso le daba a él ganas de huirse. Luego ponía en serie las mujeres invasivas que había encontrado. La primera siendo su madre. Bien podíamos ver como él actuaba para encontrar a esas compañeras algo perdidas, y como se las arreglaba para que se agarrasen a él. Había así una serie de tres mujeres. Al final de la sesión me conto una pesadilla de la noche anterior que le había trastornado. Asistía impotente y horrorizado al ahorcamiento de tres chicas. Si bien entiendo, concluye, “ *qu’elles aillent se faire pendre ailleurs !* » literalmente : *¡ que les ahorquen en otro sitio !* Es decir: “ *¡que se vayan al diablo!*”

A posteriori entiendo lo que me había guiado: la angustia, lo de ser ahogado, las chicas *pendues à son cou*, y al final el ahorcamiento en la pesadilla.

Mi interpretación en forma de chiste le hizo entender otro sentido en su pesadilla y sobre todo le mostro el trabajo del inconsciente, es decir otro modo de trabajar. Acudió a la sesión siguiente muy aliviado quizás con ganas de empezar el trabajo analítico.

Volvamos al texto.

Ahora llego a la tercera estación de mi viacrucis.

El tercer capítulo se titula: relectura del Entwurf.

La dimensión ética de la neurosis, se funda en el hecho de que la neurosis es la sede de un conflicto moral entre proceso primario y proceso secundario, o dicho de otro modo entre principio del placer y principio de la realidad.

Es el problema destacado por cuantas éticas conocemos: el placer aparece siempre como el término opuesto al esfuerzo moral en sí mismo, y sin embargo habría un placer en la sumisión a ese esfuerzo, sería el soberano bien como placer en Aristóteles por ejemplo.

Entonces hay que ver como Freud se sitúa en esa historia de la ética. Según dice Lacan, Freud abre una nueva forma de pensar la ética, relacionándola con la realidad. Lo que le llama la atención a Lacan es el punto de partida de Freud en su Proyecto: el problema de la realidad. Y poniendo en perspectiva *el proyecto*, con el capítulo VII de la *Traumdeutung* donde Freud opone proceso primario y proceso secundario, luego *la introducción del narcisismo*, *la Verneinung*, hasta *el malestar en la cultura*, Lacan nota que se trata siempre de la misma cuestión de ¿cómo el sujeto construye su realidad?

A esa cuestión, el mismo Lacan acabara por contestar, mucho más tarde, construyendo ese modelo al que, el año pasado, he tratado, de iniciarles, el modelo del nudo borromeo, esos tres registros con los que el sujeto construye su realidad. Infelizmente con ese seminario del año 60, aún estamos lejos de ese desarrollo de Lacan, aunque, de vez en cuando aparecen esos tres términos de manera más o menos explícita. Aquí, por ejemplo, cuando Lacan subraya las paradojas de la posición de Freud frente a la realidad, creo que esas paradojas vienen de la dificultad para Freud de destacar el registro de lo real. No cabe duda que Freud encontró lo real

pero no lo nombró así, se detuvo en su concepto de realidad psíquica, distinguiéndola de la realidad normativa, pero con Lacan entendemos que dicha realidad psíquica es el resultado del encuentro del sujeto con lo real. Entendemos que lo real cumple la función de anudar dos registros que se oponen: el registro del cuerpo sometido al principio del placer por ejemplo y el pensamiento que se desarrolla en el registro de lo simbólico y que requiere una sumisión al principio de la realidad.

Sea lo que fuere, retomamos el texto.

Lacan nos invita a releer *el Proyecto*. E invita a uno de sus alumnos a resumir su lectura. Una vez escuchada la ponencia, Lacan, como siempre, la comenta sin complacencia. Lacan advierte que Pontalis dejó a un lado dos significantes esenciales según dice: aquel *Bahnung* es decir un camino facilitado para la descarga de la excitación de las neuronas, que Lacan considera, fuera de cualquier sustrato neurológico, como la cadena significante. Y el término *Nebenmensch*: el ser humano justo al lado. El semejante, el prójimo, el que ayuda pero que también puede ser malo. Eso nos remite al desarrollo que Lacan hará mas adelante en este seminario sobre el amor al prójimo. Lo dejo a un lado.

La sesión se acaba con una vuelta más al esquema problemático con los dos principios. No puedo decir que Lacan lo aclara. Nota que los dos principios se enlazan. No hay ninguna adaptación posible a la realidad que no satisfaga, de cierto modo, el principio del placer. Igualmente no hay placer que no se anude con el principio de la realidad. *“el placer sólo se concibe, sólo se articula con ese punto siempre vacío, enigmático, pero que presenta cierta relación con lo que es para el hombre la realidad.”*

Para esclarecer ese punto enigmático, se me ocurrió volver a un texto de Freud que Lacan no menciona explícitamente, es un texto del año 1911 en el que Freud vuelve al tema de sus dos principios.

FORMULACIONES SOBRE LOS DOS PRINCIPIOS DEL SUCEDER PSÍQUICO.

En ese texto Freud, después de haber distinguido el principio del placer por un lado con el inconsciente, la pulsión sexual autoerotica, el fantasma, y por otro lado el principio de la realidad con el discernimiento, el pensamiento consciente, Freud muestra que las cosas no son tan claramente distinguidas. Aquí es donde podemos leer esa frase de Freud que Lacan retomó: *“El pensamiento era, probablemente, en un principio, inconsciente, y sólo con su enlace a los restos verbales recibió otras cualidades perceptibles por la consciencia.”*

A continuación, Freud ubica la sexualidad y el fantasma al cruce de los dos sistemas.

La sustitución del principio del placer por el principio de la realidad no se desarrolla en realidad de una vez, ni tampoco simultáneamente en toda la línea, y mientras los instintos del yo van sufriendo esta evolución, se separan de ellos los instintos sexuales. Estos instintos encuentran su satisfacción en el cuerpo mismo del sujeto, y de este modo no llegan nunca a sufrir la privación impuesta por la instauración del principio de la realidad.

Cuando más tarde se inicia en ellos el proceso de la elección de objeto, no tarda en quedar interrumpido por el período de latencia, que retrasa hasta la pubertad el desarrollo sexual. Estos dos factores, autoerotismo y período de latencia, provocan un estacionamiento del desarrollo psíquico del instinto sexual y lo retienen aún por mucho tiempo bajo el dominio del principio del placer, al cual no logra sustraerse nunca en muchos individuos.

“En realidad, la sustitución del principio del placer por el principio de la realidad no significa una exclusión del principio del placer, sino tan sólo un afianzamiento del mismo. Se renuncia a un placer momentáneo, de consecuencias inseguras, pero tan sólo para alcanzar por el nuevo camino un placer ulterior y seguro. La doctrina de que la renuncia -voluntaria o impuesta- a los placeres terrenales tendrá en el más allá su recompensa no es más que la proyección mística de esta transformación psíquica. Siguiendo consecuentemente este modelo, las religiones han

podido imponer la renuncia absoluta al placer terrenal contra la promesa de una compensación en una vida futura. Pero no han conseguido derrocar el principio del placer.

El arte consigue conciliar ambos principios por su camino peculiar. El artista es, originariamente, un hombre que se aparta de la realidad, porque no se resigna a aceptar la renuncia a la satisfacción de los instintos por ella exigida en primer término, y deja libres en su fantasía sus deseos eróticos y ambiciosos. Pero encuentra el camino de retorno desde este mundo imaginario a la realidad, constituyendo con sus fantasías, merced a dotes especiales, una nueva especie de realidades, admitidas por los demás hombres como valiosas imágenes de la realidad.

Freud aquí plantea la cuestión de la sublimación, o sea un modo de sacar placer dentro del marco de la realidad. Sacar placer gracias al reconocimiento de los demás. El artista se las arregla para hacer reconocer por los demás lo que suelen rechazar, o sea el goce, la cosa. Por eso la disfraza de un objeto. Eso es lo que Lacan define como sublimación en una frase algo paradójica: “**eleva un objeto a la dignidad de la cosa.**” Es una paradoja por que la Cosa – Das Ding – no tiene nada digno. Muy al contrario, designa lo que fue rechazado desde el inicio. Para cada uno, el mundo se ha construido a partir de ese rechazo fundamental. Das Ding, de cierto modo es el inmundo. Salvo que el mundo, una vez limpiado, se organizó alrededor de un hueco. Así que cada uno busca encontrar en la realidad huellas de lo rechazado original. De ahí la dignidad de Das Ding.

Entonces para finalizar mi ponencia, yo diría que aunque el sujeto se ha adaptado a la realidad, el principio del placer sigue siendo el motor principal; actúa al nivel del principio de la realidad, apoyándose o encontrado eco en el hueco dejado por la Cosa en el mundo, es decir en el Otro. El caso de la sublimación nos muestra un modo de satisfacer al principio del placer en el corazón mismo de la realidad. Es posible gracias a ese punto vacío enigmático que Lacan ha ubicado del lado del principio de la realidad. Aquí es donde un objeto elevado a la dignidad de la Cosa puede causar el deseo. Aquel objeto, en ese seminario, Lacan aun no lo nombra, creo que habrá que esperar un año más tarde para que Lacan lo despeje como agalma. Total que podemos decir que el principio del placer se mantiene a nivel de la realidad bajo la forma de la función del objeto *a*. A fin de cuentas ese objeto inalcanzable, es lo que apuntamos en la realidad. Por supuesto siempre erramos el tiro, sin embargo no hay realidad posible que no sea ordenada por esa falta esencial.